

## Gastón Mallet, arquitecto

Sra. Denise Mallet Roth

Mi padre, Gastón Luis Alcindor Mallet, nació el 15 de julio de 1875 en el pueblo de Mennecey, antiguo Departamento de Seine-et-Oise, apenas cuatro años después de la derrota francesa a manos de Prusia. Durante el período turbulento de recuperación, la situación por la que pasaba Francia dictó que Mallet, junto con sus dos hermanos y tres hermanas, fueran cuidados en la comarca rural de Mennecey por los abuelos paternos, Louis Alcindor Mallet y Virginée Pateuf. Gustaba recordar su niñez cuando era monaguillo, o contar las travesuras de los niños para enojar a la abuela, a la que conservaba gran cariño. Por ser el mayor de los hijos varones, se lo conoció siempre por el apellido solamente, aún en el ámbito familiar. Yo fui la única que escapó a los dictados de esa convención; para mí fue, simplemente, Papá. Mallet siempre se consideró algo responsable por el bienestar de sus familiares franceses, a quienes trató de ayudar luego de finalizada la segunda guerra mundial.

Con sólo catorce años, se dirigió a París a vivir con sus padres, Louis Alcindor Mallet y Eugénie Quertier, para completar su educación. Entró al estudio de un arquitecto, posiblemente Gastón Dezermans (1853-1929), cumpliendo algo así como una forma moderna del sistema medieval de aprendizaje. Tal vez recordando su educación, Mallet más tarde tomó bajo su memoria a dos jóvenes estudiantes prometedores, Daniel Ramos Correa y Carlos María Flores Pirán, quien falleció trágica e inesperadamente. Ya inscripto en *l'École Nationale des Arts Décoratifs*, Mallet asistió a clases de turno nocturno entre 1889 y 1893, recibiendo premios por sus esfuerzos. Su tarjeta de estudiante para 1889 menciona cinco cursos distintos de dibujo, más otros de composición de ornamentos, arquitectura y construcción, matemáticas, y escultura. En 1897 obtuvo el Primer Premio de la misma prestigiosa escuela de diseño.

Entre 1895 y 1897 cursó estudios en *L'École des Beaux-Arts* de París, en donde tuvo como profesor a Gustave Laurent Raulin (1837-1910), conocido expositor del eclecticismo. En esa institución la instrucción se impartía en "ateliers" a cargo de un profesor de renombre. Desde



el momento en que el estudiante se incorporaba a un atelier, su nombre se vería vinculado al del profesor como parte de su identidad profesional. Mallet sería conocido en adelante como "élève Raulin". La identificación con las enseñanzas de esta institución fue para Mallet profunda y definitiva. Cuando el advenimiento de la arquitectura moderna en la Argentina, aproximadamente coincidente con la visita de Le Corbusier a Buenos Aires en 1929, comenzó a desplazar al estilo *Beaux-arts*, Mallet no se adaptó a la nueva estética. A su modo de ver, los modernistas hacían escultura más bien que arquitectura, olvidando el carácter práctico de este arte, sujeto a reglas definidas e ineludibles. Como gustaba repetir, la arquitectura es el arte de dar satisfacción a un programa. Y éste fue, al fin, el secreto de su éxito profesional, porque él siempre supo cumplir con los requerimientos señalados por el cliente, articulados con deferencia, se entiende, a la realidad física, los reglamentos vigentes, y el sentido estético. Mallet, como arquitecto, no fue nunca expresionista. Hablaba de proyectos en construcción, pero rara vez comentaba sobre lo ya construido, pues nunca miraba hacia el pasado ni se aferraba sentimentalmente a las obras concluidas, tal vez, sospecho, porque una vez terminadas ya toma-

ban vida propia, independientes de su creador. En casa el amor a la arquitectura tenía presencia palpable, se hablaba sobre el arte de la arquitectura o de temas de construcción, de dónde colocar las cocinas y los baños, del mejor emplazamiento de los ascensores, o de las exigencias del Código de la Construcción con respecto a la luz y ochavas. De las fachadas, opinaba que debían reflejar estrictamente el plano interior, como por otra parte ya lo había decretado Miguel Ángel Buonarroti en tiempos anteriores. En cuanto a las grandes torres de vidrio que comenzaron a estilarse en aquella época, estimaba que no se adaptaban bien a los distintos climas del mundo, particularmente los muy fríos o muy calurosos. Detestaba al barroco, confesemos, con aún mayor intensidad.

Valen mencionarse aquí dos peculiaridades de la enseñanza en *l'École des Beaux-Arts*. Una de ellas es el incesante llamado a concursos y competencias, muchas de ellas obligatorias, que hoy día, con nuestra propensión para dar a todo interpretaciones psicológicas, diríamos tenían por objeto aguzar el espíritu de competencia del alumno. Por cierto, la preparación para concursos de envergadura internacional en la futura vida profesional de los estudiantes generaba esfuerzos de creatividad y flexibilidad: Mallet y sus condiscípulos podían con igual facilidad construir un teatro que una casa de renta o un hotel. El *Grand Prix de Rome*, el más prestigioso de los concursos, en esos días confirmaba y validaba los principios del estilo *Meaux-arts*. En 1897, siendo aún estudiante, Mallet tuvo que hacer su servicio militar (destacado a Barleduc), pero recibió permiso de ausencia para presentarse al concurso, al que fue admitido después de rigurosa selección. No ganó el premio, pero siempre recordó este momento de su vida con gran orgullo. Las competencias constantes ponían a prueba la disposición de ánimo del alumno hacia la resolución de problemas. Y no había nada que Mallet acogiera con mayor gusto que descubrir un terreno difícil o la oportunidad de satisfacer condiciones particularmente complejas. Aún después de retirado de la práctica activa, él siempre llevaba en el bolsillo un sobre de esos cuadrados que se usaban antes y un lápiz de punta bien larga en su estuchecito protector, y se entretenía haciendo planos para algún terreno que le había llamado la atención o bien desarrollaba ideas que lo inspiraban, dondequiera que estaba. Todavía lo recuerdo, en el jardín del chalet de Carrasco en donde veraneábamos, sentado muy derecho en un perezoso haciendo esbozos en su sobrecito mientras el resto de nosotros conversaba. En la famosa escalera del Centro Naval encontramos amplia prueba del éxito de este programa de estudios para preparar a los alumnos en resolución de problemas.



Credencial de la École National des Arts Décoratifs, septiembre de 1889 (AM CEDODAL).

La segunda peculiaridad del instituto de Bellas Artes era la biblioteca, que consistía en gran parte en carpetas de proyectos artísticos y planos premiados o de edificios famosos, y además, museos de copias y maquetas de obras magistrales que iban de la antigüedad al Renacimiento. Mallet continuó trabajando con este sistema de carpetas en donde recogía planos de edificios que le interesaban. Recuerdo que

una vez lo encontré en su estudio con un plano de la iglesia de San Pedro en Roma sobre la mesa de dibujo. Me explicó que estaba estudiando el plano, para ver si se lo podía mejorar. Era su modo de mantener la agudeza mental y de internalizar soluciones a problemas que pasarían a formar parte integrante de su acervo intelectual, método aprendido en sus años de estudio y nunca olvidado.

Hombre de sus tiempos y ya fuera de las aulas, Mallet se encontró sumergido en la corriente histórico-social de la Belle Époque, la que transcurrió aproximadamente entre 1896 y 1914. Notemos que el comienzo coincide casi exactamente con el de la carrera de Mallet como arquitecto. Reinaban el optimismo general y el bienestar económico. Contribuyendo a la estabilidad, la forma republicana de gobierno por fin tuvo arraigo. Fue entonces que surgió la clase obrera, exigiendo una vida digna con derecho a vivienda adecuada y esparcimientos culturales. Las tendencias liberales adquiridas en este ambiente se manifestaron en su manera de actuar, por ejemplo, en la forma respetuosa en que trataba a sus inquilinos, asegurándose de que las reparaciones necesarias se hicieran sin demora, o ayudando a sus contratistas para que no sufrieran pérdidas por errores de licitación. Acostumbraba en sus planos proyectar dependencias adecuadas para las personas de servicio, y en general sus opiniones se ajustaban a las ideas de libertad e igualdad ante la ley. La educación que me dio claramente correspondía a ideas progresistas con respecto a la igualdad intelectual de la mujer. Al mismo tiempo, creía firmemente en la necesidad de valerse por sí mismo y en la responsabilidad del individuo frente a sus acciones. En lo personal, supo aprovechar las oportunidades que le fueron brindadas y por su talento, iniciativa, y trabajo alcanzó las metas típicas del *bourgeois* de la época, ausentes definitivamente la ambición desmedida o aspiraciones aristocráticas.

Hubo dos pausas en la carrera de Mallet en la Argentina, durante las cuales se ausentó a Francia. En 1915 y 1916, lo hizo para luchar en la primera guerra mundial. En 1931, ya pasados los cincuenta años de edad, pensó retirarse en Francia con su familia, es decir, con su esposa, Elisabeth Tonin, y sus suegros, José Arturo Tonin y María Laura Galissard. La crisis económica mundial puso fin a

ese sueño. Debieron volver a la Argentina, ahora conmigo de apenas once meses, nacida en Niza. Nuevamente en la Argentina, Mallet continuó trabajando como arquitecto, pero ya nunca retomó el ritmo frenético de años anteriores, cuando llegó a manejar tres *ateliers* distintos para evitar confusiones entre diferentes proyectos. La segunda guerra mundial resultó un rudo golpe para Mallet, triste interludio en que a diferencia de lo ocurrido en la Gran Guerra nada podía hacer por su querida patria. Pero en medio de esa gran tragedia europea, muchas veces bendecimos hallarnos en la Argentina. Mallet siempre reconoció la generosidad de la Argentina para consigo y su familia, aunque sin olvidar nunca los beneficios que Francia le había proporcionado en cuanto a su educación. Siempre creyó haber contraído con Francia una deuda de gratitud, deuda que descargó, a su entender, difundiendo la arquitectura francesa en otras partes del mundo.

Durante la primera contienda mundial, viajó a Francia para ser movilizado en diciembre de 1915, llamado a las filas a raíz de los reveses sostenidos al comienzo de la guerra. Hay que subrayar su gran sacrificio, a la edad de 40 años, al dejar su exitosa práctica profesional para participar en la defensa del país. En 1915 se incorporó a las Fuerzas Territoriales de Infantería en Morlaix (Bretaña), ya caporal. Actuó luego como historiador del regimiento en la región de Mosa (Lorena), destacado a Regret, un pueblo cerca de Verdún, conocido escenario de sangrientas batallas desde el 21 de febrero de 1916 al 18 de diciembre del mismo año. Es decir, que estuvo en el frente durante la mayor parte de la prolongada batalla, aunque nunca se lo envió a las trincheras. El 3 de diciembre lo encontramos en viaje a París para tramitar su separación del ejército. Para entonces, ya había obtenido el grado de sargento. Retornó a Buenos Aires el 15 de diciembre de 1916. En el transcurso de esta larga batalla en la que perecieron 306.000 combatientes y medio millón de hombres resultaron heridos. Mallet milagrosamente no sufrió daños físicos y escapó a los estragos causados por los gases asfixiantes. Agreguemos que la gran mayoría de los que estuvieron presentes en Verdún sufrieron repercusiones psicológicas de por vida. En el caso de Mallet, esto no se puso en evidencia, pero él no era hombre de quejarse. En todo caso,



Mallet soldado en Bar le Duc, 1896, y en Rosière-Meuse, el frente en la Primera Guerra Mundial, 1915 (AM CEDODAL).

yo no hubiera tenido modo de detectar ningún cambio que pudiera haber ocurrido. Luego de su fallecimiento, encontré fotos de él con sus compañeros de armas. Nunca me las había mostrado. Quejarse a viva voz, lo hizo sólo sobre la calidad execrable del tabaco que el gobierno proporcionaba a las tropas. De hecho, dejó de fumar para siempre. Con incompreensión que persistía después de tantos años, explicaba que los soldados destacados a las trincheras eran “hombres muertos”, y los que quedaban atrás, aceptando la realidad de la existencia en el frente, se repartía de inmediato sus pertenencias. Así debió Mallet vivir en esta situación tan precaria durante dos largos años. Más adelante, por su actuación se le otorgó la *Croix de Guerre-1918*. Mallet recibió del gobierno francés dos condecoraciones más, la *Croix du Mérite Social*, probablemente por su trabajo para el Hospital Francés de Buenos Aires, y, poco antes de morir, las *Palmes Académiques*.

Se había radicado definitivamente en la Argentina en 1908, luego de haber conocido a su futuro socio Jacques Dunant (1858-1939) el año anterior, cuando viajara a Buenos Aires con un proyecto para el Monumento a la Revolución de Mayo. Ya antes de 1908 había tenido una distinguida carrera en Francia con el arquitecto Gastón Dezernaux. Pero fue en la Argentina que

maduró su talento. Mallet se lanzó con vigor a un régimen de trabajo abrumador, llevando al mismo tiempo una vida social muy activa. En proyectos complementarios, se vio trabajando en coordinación con el paisajista Carlos Thays, más conocidamente en Sierra de la Ventana y en Carrasco, R.O.U., y hasta construyó en 1913 una casa para el propio Thays. Este falleció en 1934. Mallet con el tiempo debió sobrellevar el fallecimiento de otros grandes amigos. Los que perduraron hasta la edad mediana fueron el abogado Licinio Scelzi, de familia entrerriana, el fiel cliente Félix Delor, y sus colaboradores, Ramos Correas, Flores Pirán y el ingeniero Delpech. Si cuadraba en la conversación, aludía a arquitectos a quienes había conocido con comentarios que parecían siempre comenzar con: “Karman (o Thays, o Le Monnier, o algún otro), *alors lui...*” pero yo no prestaba atención. Conocí a Ramos Correas cuando venía de viaje a la Capital luego de haberse radicado en Mendoza. Lo recuerdo como un solterón afable con una encantadora facilidad para contar aventuras



de viaje, especialmente anécdotas de estadías en París. Cuando Ramos Correas estuvo a punto de completar el proyecto para el zoológico de Mendoza, invitó a Mallet a que lo ayudara con los toques finales, y Mallet pasó un par de semanas en casa de Ramos Correas y su hermana, trabajando en el estudio. Por una de esas coincidencias de que abunda la vida, el zoológico se construyó en los terrenos señalados por Thays en el diseño de la planta urbana del nuevo Mendoza después del terremoto de 1861. Durante sus años más productivos, Mallet fue socio muy activo de CACYA, contribuyendo, según afirmaba, a la formulación de disposiciones del Código de la Construcción.

La relación que tuve con mi padre fue afectuosa pero decididamente didáctica. A diferencia de otros padres más jóvenes, él tenía tiempo para ayudarme con los deberes, o para enseñarme historia del arte y literatura clásica francesa. A veces en la mesa familiar interrumpía la conversación para recitar una fábula de La Fontaine o conjugar algún verbo irregular francés. Un poco desilusionado de los hombres, amaba en Molière la expresión ligera de las debilidades humanas. De Boileau, citaba preceptos tanto estéticos como prácticos. Antes de la acción, escribía éste, venía el pensamiento justo, que ayudaba a la clara y fácil expresión. Boileau también advertía que se debía pulir y revisar la obra hasta llegar a una conclusión en todo satisfactoria. Descartes fue otro de los autores favoritos de Mallet. El pensamiento claro, la lógica, constituían sin duda alguna la esfera de campo del filósofo, a quien citaba a menudo. Mallet se consideraba hombre moderno, para quien la ciencia, la realidad, estaban totalmente desvinculadas de lo espiritual, aunque ambos coexistían. El admiraba el “progreso”, recordando con gusto la Exposición Internacional de 1900 en París. Abrazó la entonces novel tecnología del cemento y fueron las construcciones en este medio las que contribuyeron a su fama, aunque él no hacía los cálculos necesarios personalmente, prefiriendo que fuera un ingeniero quien los hiciera. Todo lo que me inculcó mi padre, por lo práctico y sencillo, aún forma parte de mi mundo personal. A pesar de sus hábitos severamente didácticos, me regalaba libros más ligeros y divertidos: *El capitán Fracasse*, *Los tres mosqueteros*, *Robinson Crusoe*, y muchos más, pero, eso sí, todos ellos en francés o en traducción francesa. Hoy a lo lejos considero que no era partidario de la disciplina rigurosa. A veces, si yo se lo pedía, me escribía notitas diciendo que no había tenido tiempo de estudiar, por si había prueba o me llamaban al frente. Diré que en mi opinión la mayor enseñanza que recibí en materia de arquitectura y estética fue la de haberme criado en la casa que él había refaccionado para nosotros en la calle Libertad. La fachada sencilla esconde un lujo sobrio de inspiración Luis XIV, de grandes ambientes, techos altos, y diseño que alardea ingeniosidad y elegante fluidez. La

había amoblado con moderación y buen gusto y decorado con objetos de arte cuidadosamente seleccionados. Sin duda a causa de estas vivencias me resulta muy difícil, aún luego de tanto tiempo, separar a Mallet, el individuo, de Mallet, el arquitecto. Creo siempre haber presentado una relación simbiótica entre los dos.

De niña y jovencita, tuve muchas oportunidades de ver trabajar a Mallet, pues su estudio estaba en el entresuelo de la casa en que vivíamos. A veces yo bajaba a que me ayudara con los deberes y me quedaba mientras él continuaba con su trabajo. Dibujaba con celeridad y mano segura, secando cada tanto sus instrumentos con una gamucita si estaban saturados de tinta, o sacando punta al lápiz con un cortaplumas y luego pasándola por papel de lija hasta que estuviera completamente afilada. Prefería trabajar hasta muy entrada la noche. Si pintaba de rojo las paredes externas de un plano, ponía a mano un bolcito con agua para lavar el pincel de cuando en cuando. La limpieza era imprescindible tanto al dibujo como a la claridad de concepto. Se deben comenzar las tareas con una mesa de dibujo y útiles completamente limpios, solía decirme. Una vez traducido su esbozo al papel, trabajaba sin paros o vacilaciones. Si no estaba conforme con el resultado, comenzaba de nuevo, cortando otro trozo del rollo de papel para calcos que siempre tenía en la mesa. El Código de la Construcción se encontraba a mano, muy hojeado por cierto, llamando a la realidad. A veces se quejaba de que ya no veía bien. Por eso, para ciertos dibujos, había tomado la costumbre de no llevar hasta el final el trazado de líneas que debían tocarse. Luego, con una potente lupa en la mano izquierda y una lapicera en la mano derecha, completaba las líneas. Todo parecía fácil, aunque en verdad no lo fuera. Tan impaciente como era en general, para su trabajo era paciente y concentrado. No se detenía a consultar fuentes externas, el elemento catalizador de su inspiración era intrínseco siempre a las dificultades del proyecto, presentando éstas más bien un desafío a sus habilidades que un obstáculo a la creatividad.

En estos años en que lo conocí, Mallet llevaba una vida tranquila y equilibrada. Su descanso consistía en no faltar a las comidas con su familia y quedarse en casa un rato después de tomar el café. Hacía largas caminatas por la ciudad, evitando en lo posible todo medio de transporte, costumbre ésta que había adquirido en sus días de estudiante. Le gustaba leer, pero no leía libros de arte o de arquitectura. Mallet fue siempre de constitución robusta, como lo atestiguan su adolescencia y los años de gran productividad. En la edad mediana, comenzó a cuidarse mucho. Su salud no decayó hasta los últimos años de su vida. Falleció el 3 de marzo de 1964. Reposa hoy en el Panteón Francés, cerca de su esposa, y de sus suegros, con quienes compartiera su hogar. ■